

FACILISMO Y UTOPIA



Por Rubén Torres

La ausencia de un plan estratégico de desarrollo que oriente políticas y dé sentido a las decisiones de financiamiento, y un pensamiento que imagine modelos de crecimiento adaptados a nuestras potencialidades e integrado al mundo, constituyen un gran déficit para nuestro país.

Como toda sociedad tenemos aspectos característicos de la especie humana: corrupción, homicidios, robos, crisis económicas, ignorancia, personas agresivas, impulso a la confrontación y políticos demagógicos, entre otras. Lo que cambia es que lo tenemos en abundancia máxima. Clemenceau, estadista francés, decía en 1910: “La economía argentina sólo crece porque de noche políticos y empresarios están durmiendo y no pueden robar. Mientras el trigo crece y las vacas fornican con lujuria”.

En la historia argentina predominan las iniciativas confrontativas: unitarios o federales, peronistas o gorilas, neoliberales o populistas. Mientras tanto, los economistas recitan enunciados de macroeconomía, pero ninguno dice (¿o sabe?) cómo generar crecimiento inteligente y sostenido de la economía real, esa que produce, vende, compite, genera empleos genuinos y requiere incentivo de políticas.

Ese pensamiento parece vedado por la academia y la política. Así, los gobiernos, con mayor o menor convicción, en sus niveles nacional, provincial y municipal reemplazan los empleos que no genera la economía por empleo público para quienes están cerca del

poder, mientras el resto va cayendo a la economía informal o se pauperiza.

Al calor de ventajas naturales o coyunturales (abundancia de *commodities* alimentarios, beneficios derivados de una guerra mundial, en la que no participamos, etc.), y la acción del primer peronismo, se desarrollaron importantes derechos sociales, luego no correspondidos con las indispensables eficiencia y productividad.

La consecución de logros y privilegios, en todos los niveles sociales, con poco esfuerzo, derivó en un “facilismo” que nos llevó como país a vivir desde hace décadas, por encima de nuestras posibilidades. Lo pagamos con inflación, deuda para consumo, empresarios y dirigentes ineficientes, y una desigualdad social creciente, disimulada u oculta tras una petulancia superficial (leamos a Ortega: “El argentino vive atento, no a lo que efectivamente constituye su vida, no a lo que de hecho es, sino a una figura ideal que de sí mismo posee. El argentino se gusta a sí mismo, le gusta la imagen que de sí mismo tiene”), y la defensa de derechos, soslayando obligaciones (“Los habitantes respetables del país ayudan invariablemente al delincuente a escapar, parecería que el hombre hubiera pecado contra el gobierno y no contra el pueblo”, Charles Darwin, 1933).

Desde una clase política que no resigna privilegios ni dimensiones, (“producir por dos y gastar por cuatro, tomando un préstamo por la diferencia parece ser el lema de los argentinos. Son responsables de esto gobierno y gobernantes; el primero porque ha olvidado que el gobierno educa al pueblo, y la imi-

tación corre de arriba abajo, el gobernante impone con su lujo personal la regla del lujo que estimula y excita a los que pueden y a los que no pueden gastarlo”; Rodolfo Rivarola, Revista Argentina de Ciencias Políticas, 1913), pasando por una clase media que se considera víctima principal del ajuste, cuando se registran récords de turismo interno y venta de automóviles, de las cuales es principal protagonista.

“No hay ciudad del mundo donde resalte de tal modo la fiebre del llegar, del conseguir. La lucha por el dinero tiene aquí mayor vivacidad que en los pueblos del Norte, ... exagerar ganancias, engañar, sorprender, manipular cosas imaginarias”, decía de Buenos Aires José María Salvatierra, en 1911. En todas las clases sociales hay gente que actúa diferente y es reservorio de virtudes sociales, pero no hacen tendencia, ni cultura hasta ahora.

Desde su origen, el país confunde lo que verdaderamente es con sus deseos: pensamos que nuestros deseos son reales y el desfase entre vivir como “deseamos” y como “podemos” signó la historia argentina. El desencuentro entre lo que somos y lo que queremos ser cruza nuestra historia. Se cristalizaron así dos sociedades: una pequeña que vive con estándares del primer mundo, y otra cada vez más amplia que se aleja de los beneficios del primero, sus servicios y productos, y se empobrece hasta el límite de la civilización.

Hay que tomar conciencia de que estamos mal. Debemos crecer, adquirir la capacidad de debatir entre múltiples actores informados e inspirados en la búsqueda del bien común, la construcción del lugar al que queremos llegar, el cómo y en qué condiciones edificaremos una patria, un hogar común para todos. Para ello, y por mucho tiempo, una parte de la sociedad tendrá que llevar una vida menos glamorosa y de mayor productividad y ahorro.

“La consecución de logros y privilegios, en todos los niveles sociales, con poco esfuerzo, derivó en un “facilismo” que nos llevó como país a vivir desde hace décadas, por encima de nuestras posibilidades. Lo pagamos con inflación, deuda para consumo, empresarios y dirigentes ineficientes, y una desigualdad social creciente, disimulada u oculta tras una petulancia superficial”

Para que podamos hacer rutas, urbanizar villas y dar salud de calidad a todos deberán postergarse la estética de nuestras ciudades; las inconcebibles jubilaciones de la justicia; la creación de organismos multitudinarios que defienden derechos de tercer orden, cuando no podemos garantizar los de primero.

Para impulsar sectores económicos nuevos, otros deberán perder sus beneficios. Para controlar los gastos y la eficiencia de la inversión pública habrá ruido en las calles, de aquellos que pretenden un estado más grande, aunque no cumpla ninguna de sus funciones centrales.

Es duro perder la libertad de ejecutar presupuestos públicos sin control y que se corten beneficios injustos; pero nos aproximaría a una sociedad madura, justa y confiable. Necesitamos la verdad para estudiar, elegir y acordar el camino, un gobierno que lo organice y la voluntad de hacerlo a costa de postergar la satisfacción de nuestros intereses particulares.

Esa potencialidad, puramente política, está en muchos actores de nuestra sociedad, pero no en los políticos profesionales, bloqueados por el deseo de poder. Queda claro que no nacerá de ellos.

Los partidos políticos, que fueron fuentes históricas de los impulsos de cambio, están hoy deformados por el corto plazo y su suerte en ese lapso y como las corporaciones, están demasiado preocupados por sus intereses para pensar propuestas que en algunos aspectos los contradiga, y fijar como objetivo cambiar los comportamientos sociales, incrementar las tendencias a la cooperación, la solidaridad, la honestidad, la redistribución de la riqueza y las oportunidades, y a la eficiencia, vista como responsabilidad social, en todo terreno. ¿Una utopía? Sí, como todas las que han sido motor de todos los cambios. 